RECONCILIACIÓN
SEIS CLAVES PARA EL DEBATE

Joaquín Castillo V.
Licenciado en Letras. Subdirector del IES.

i e s
instituto
de **estudios**
de la **sociedad**

Seis claves para el debate

Este año conmemoramos los cuarenta años del quiebre democrático de 1973 –la fecha más importante de la historia de Chile, al decir de Mario Góngora–. Este hito es, sin duda, una ocasión más que propicia para reflexionar en torno a los avances y deudas del proceso de reconciliación nacional. La reconciliación es un proceso mediante el cual se reconstruyen los lazos de confianza y amistad cívica, destruidos después de un período en el que primaron la violencia y el odio por sobre la voluntad de alcanzar acuerdos. Por ello, implica necesariamente abandonar las hostilidades fundadas en el pasado, condición indispensable para enfrentar el futuro en un mínimo marco común.

1 La reconciliación, objetivo político tan importante durante los años noventa, se fue abandonando de manera paulatina, sin cumplirse de manera satisfactoria. Hoy pareciéramos estar menos reconciliados que antes, y este desafío no ha sido asumido cabalmente por la dirigencia política.

2 Es necesario avanzar en reconciliación, pues ésta permite: a) mirar la historia sin hostilidades y obtener lecciones cívicas de ella; b) elaborar proyectos comunes, los cuales sólo pueden construirse en un marco de confianza y amistad cívica; c) reconocer la dignidad de los adversarios políticos, lo que obliga a cuidar las formas, y d) reconstruir las bases morales y cívicas quebrantadas por espirales de violencia.

3 La reconciliación necesita un programa específico, distinto de los que permiten avanzar en verdad y justicia, pues los avances en estos valores no traen, necesariamente, avances en reconciliación.

4 La memoria puede ayudar a la reconciliación, así como perjudicarla. La ayuda cuando busca comprender; la perjudica cuando es usada de manera meramente instrumental, convirtiéndose en herramienta de lucha política.

5 La forma productiva de relacionarse con la historia es mediante su uso "ejemplar" (Todorov). Es decir, cuando podemos obtener lecciones de ella que permitan no repetir los episodios indeseables. Eso sólo se logra si la historia no se instrumentaliza, y se exploran en ella las causas de sus descalabros pasados.

6 La reconciliación es un desafío ineludible si queremos cuidar nuestra democracia. Es mejor para un país estar reconciliado que no estarlo. Un marco común donde la desconfianza, el odio o la violencia sean superadas permitirá que el país afronte con unidad sus desafíos a futuro.

"Tenemos que conservar viva la memoria del pasado:
no para pedir una reparación por el daño sufrido
sino para estar alerta frente a situaciones nuevas
y sin embargo análogas"

Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria*

INFORME RECONCILIACIÓN

Ideas preliminares

La reconciliación fue un objetivo político fundamental durante la transición a la democracia, especialmente en el gobierno de Patricio Aylwin. En su primer mensaje ante el Congreso Pleno, destacó como primer objetivo hacer un "Gobierno de unidad" que buscara la "reconstrucción y consolidación de nuestra democracia", cuya primera tarea fuera "esclarecer la verdad y hacer justicia en materia de derechos humanos, como exigencia moral ineludible para la reconciliación nacional".[1] En esa formulación, los valores de verdad y justicia aparecen justificados por (y por lo tanto, subordinados a) el valor de la reconciliación. En los gobiernos de Eduardo Frei y Ricardo Lagos continuaron los esfuerzos en pos de la verdad y la justicia, lo que significó algunos avances en reconciliación. Al menos se sentaron ciertas bases morales que habían sido quebrantadas durante la dictadura. Durante el gobierno de Michelle Bachelet la búsqueda de reencuentro perdió protagonismo: el país parecía entrar en un nuevo ciclo político.

Sin embargo, hay buenas razones para pensar que la tarea quedó inconclusa. De acuerdo con la Encuesta Nacional Bicentenario realizada por la Universidad Católica y Adimark el año 2012, sólo un 24% de la población creía que, desde esa fecha a diez años, Chile sería un país reconciliado.[2] Esto hace aún más urgente este debate. ¿Cuáles son los objetivos de la reconciliación? Ésta busca reconstruir la confianza y la amistad cívica que una sociedad ha perdido en virtud de un espiral de violencia y odio en las interacciones políticas. Su consecución permite: a) mirar la historia sin hostilidades y obtener lecciones cívicas de ella; b) elaborar proyectos comunes, los cuales sólo pueden construirse en un marco de confianza y amistad cívica; c) reconocer a los adversarios políticos con su dignidad, lo que obliga a un debate político con altura de miras y respeto por las formas, y d) reconstruir las bases morales y cívicas quebrantadas por espirales de violencia.

Si bien los dos últimos objetivos se han alcanzado en buena medida, la principal deuda se encuentra en los planos de la historia y de la vida política (puntos a y b). Las condiciones morales para la reconciliación han avanzado: como sociedad, estamos de acuerdo con que los derechos humanos de toda persona deben ser resguardados siempre; estamos comprometidos con esas bases morales que fueron violentadas. Pero las condiciones que se relacionan con nuestra manera de hacer historia y de vincularnos con el pasado aún registran numerosas deficiencias. A continuación profundizaremos en algunas de ellas.

1 Aylwin, Patricio. Mensaje Presidencial del 21 de mayo de 1990, pp. 7-9. Disponible en http://historiapolitica.bcn.cl/mensajes_presidenciales

2 Encuesta Nacional Bicentenario. Universidad Católica – Adimark. Santiago: Centro de Políticas Públicas UC, Año 7, p. 14.

Verdad, justicia y reconciliación

En Chile, el problema de la reconciliación –o falta de ella– se inserta históricamente en el proceso de la transición democrática de la década de los '90. La transición se orientaba fundamentalmente a reinstalar la democracia como forma de gobierno, tras la larga pausa autoritaria. Ello incluía avanzar en tres valores fundamentales: verdad, justicia y reconciliación. Esta última converge en numerosos aspectos con la búsqueda de verdad y justicia, pero no son el mismo proceso. La búsqueda de cada uno de estos valores es distinta entre sí, pudiendo existir tensión entre ellos.[3] Alcanzar verdad y justicia no conlleva de por sí a la reconciliación entre los chilenos, así como alcanzar la reconciliación no habría implicado de por sí justicia o verdad.

Si abordamos seriamente lo expuesto hasta aquí, se hace imprescindible distinguir los fines de cada tarea. La Mesa de Diálogo, por ejemplo, conformada en 1999, pudo avanzar más en reconciliación, pero cruzó la búsqueda del encuentro y reconocimiento mutuo de diversos grupos e instituciones con un esclarecimiento de la verdad. En vez de centrar sus esfuerzos por un encuentro genuino y sentar bases mínimas de respeto a ciertos derechos que habían sido violados, mediáticamente se condicionó su éxito al esclarecimiento de los crímenes del período 1973-1990.

La reconciliación exige perseguir objetivos múltiples: al tiempo de seguir buscando la verdad de los horrores perpetrados en dictadura, debemos profundizar en la comprensión de los motivos que hicieron posible que una violencia tan despiadada haya podido ser ejercida entre compatriotas. En todo caso, lo segundo nunca puede ser una excusa para justificar lo primero: se trata de planos distintos. El intento de comprender los procesos históricos de la violencia no resta un ápice de la responsabilidad implicada en las violaciones a los derechos humanos.

Reconciliación: desafío político

En Chile, la tarea de saldar cuentas con nuestro pasado quedó radicada básicamente en sede judicial. Sin embargo, el Poder Judicial no es el más indicado para reconciliar sectores enfrentados, pues su objetivo es determinar inocencias o culpas en conflictos particulares. El proceso de reconciliación es un desafío primeramente político, que debe involucrar a toda la sociedad. Si el origen de la fractura social es político, la solución también debe venir desde la política. En la historia reciente, Sudáfrica ha servido como modelo de una reconciliación exitosa: con Nelson Mandela a la cabeza, aquel país fue ejemplar al mostrar un liderazgo político que condujo y enfatizó la necesidad de la reconciliación. El que Mandela haya vivido la prisión política y haya enfrentado sin odio ni ánimo de venganza los cambios políticos necesarios para su país, dotó aquel proceso de una legitimidad y aceptación ciudadana que permitió realizar grandes cambios.

3 Por ejemplo, el valor de la justicia está en tensión con el valor de la verdad, dado que un mecanismo eficaz para obtener información de quienes cometieron atentados a los derechos humanos es ofrecer inmunidad. Sin embargo, dicho mecanismo implica asumir no realizar justicia respecto de quien otorga la información, pues se renuncia a aplicarle la sanción que merece. Esto pone a la verdad y a la justicia en contradicción.

En Chile hubo una conducción política responsable hacia la democracia, pero no parece haber existido un liderazgo constante que haya insistido en la reconciliación nacional. Es necesario que la dirigencia política, heredera de los enfrentamientos de antaño, pueda sentar las bases para una consideración del pasado que no busque constantemente réditos electorales o de popularidad. Dicho de otro modo, debemos aceptar el fracaso total que significó una polarización tan aguda. Debemos asumir que la violencia es especialmente perniciosa como herramienta de lucha política. Debemos aceptar, en fin, que la historia se resiste a los facilismos y las caricaturizaciones, tan frecuentes de lado y lado. En estas últimas semanas, políticos de diversas posiciones –como Camilo Escalona o Hernán Larraín, por nombrar sólo a algunos– han hecho avances en ese sentido, al reflexionar de manera ponderada acerca de sus experiencias biográficas.

La memoria, la historia y la reconciliación

Una sociedad puede elaborar diversos relatos para dar cuenta de su pasado. Por eso, los esfuerzos realizados por quienes se dedican a la memoria y a la historia son especialmente atingentes a la tarea de la reconciliación. La memoria y la historia dotan a los hechos acaecidos de un relato o narrativa capaz de darle sentido a nuestro presente, pero también corren el riesgo de oscurecer su comprensión si aquella construcción no es rigurosa con la complejidad de los hechos pasados.

En Chile, se han realizado avances importantes en términos de memoria. Se ha reivindicado la dignidad de aquellos que sufrieron vejaciones a su integridad física y psicológica, se han construido museos y memoriales, se han constituido comisiones y escrito informes que ponen a disposición del gran público tanto los hechos que ocurrieron en Chile como, a veces, una interpretación de los mismos. Esas medidas buscan, dentro de otras cosas, aliviar en parte el dolor de crímenes tan atroces. Pero, tal como la verdad y la justicia, la memoria tampoco conduce necesariamente a la reconciliación. Aún más, si se la instrumentaliza puede incluso revivir odiosidades indeseables.

Tzvetan Todorov, quien estuviera en Chile el año 2012 invitado por el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, en su lúcido ensayo *Los abusos de la memoria*, advirtió acerca de los riesgos que envuelven estos discursos. A partir de los totalitarismos que durante siglo XX buscaron suprimir a ciertos grupos del espectro social, se ha experimentado un auge de este tipo de relatos: se busca toda la información posible sobre los horrores, todo lo que permita conocer, reivindicar, revitalizar. Para Todorov, la memoria debe ir orientada a un buen uso: "La recuperación del pasado es indispensable; lo cual no significa que el pasado deba regir el presente, sino que, al contrario, éste hará del pasado el uso que prefiera".[4]

4 Todorov, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*, pp. 25. Barcelona: Paidós, 2000.

Toda memoria, señala Todorov, puede ser utilizada literal o ejemplarmente. El primer uso es aquel que no permite liberarse del pasado y que siempre se aferra a los hechos como únicos, irrepetibles e incomprensibles en su horror. Si bien permite compartir el dolor y el trauma que significan ciertas atrocidades, "el uso literal, que convierte en insuperable el viejo acontecimiento, desemboca a fin de cuentas en el sometimiento del presente al pasado". Por ende, se convierte al pasado en algo estéril desde donde no pueden extraerse lecciones para el presente. "El uso ejemplar, por el contrario, permite utilizar el pasado con vistas al presente, aprovechar las lecciones de las injusticias sufridas para luchar contra las que se producen hoy día, y separarse del yo para ir hacia el otro".[5] La idea de Todorov es similar a la que señalara Hannah Arendt con respecto al perdón: sólo por medio de él es posible liberarse del pasado.

¿Hemos construido nuestra memoria de manera literal o de manera ejemplar? ¿Somos capaces de observar el presente desde ciertas certezas morales compartidas, aprendidas de nuestra historia? Ciertamente, el trabajo que desde los años noventa se ha realizado en el plano de la memoria nos ha permitido sacar lecciones importantes:

1. Las violaciones a los derechos humanos nunca son justificables, y se necesita la reivindicación de la dignidad de las víctimas de la violencia.

2. La democracia es el mejor método posible de gobierno, y necesita del cuidado de las instituciones y de la virtud de los ciudadanos para preservar sus bondades.

3. La violencia siempre engendra más violencia: no es admisible que ésta sea aceptada como método de acción política, ya sea por sectores de izquierda o de derecha.

4. El desprecio radical por el adversario político lleva en sí el germen de la violencia, pues éste se convierte en un objeto prescindible. Es necesario, por tanto, generar un debate público donde primen el respeto y el reconocimiento de quienes defienden ideas distintas a las propias.

A pesar de que desde la historia y la memoria se han podido establecer ciertas condiciones mínimas de convivencia, en muchas ocasiones, cuando hablamos del pasado, vemos que el disenso político no encuentra cauces pacíficos ni institucionales para su solución. Por ende, vuelven a aparecer gérmenes de desprecio y hostilidad en la plaza pública. La instrumentalización del pasado, aquel que lo mutila irresponsablemente e impide ver su complejidad, se transforma en un obstáculo para la reconciliación. Los hechos incomprensibles no pueden sino ser objeto de desprecio e indignación, no de reflexión o aprendizaje. El juicio moral respecto del pasado –que sí se ha realizado– es necesario, mas insuficiente: es ineludible la tarea de elaborar un relato histórico que se resista a toda simplificación y todo reduccionismo. Esto último es una tarea pendiente.

5 Todorov, Tzvetan. Íbid, pp. 32. Barcelona: Paidós, 2000.

Como dijimos, una sociedad que busca reconciliar los distintos grupos antes enfrentados debe renunciar a las lecturas fáciles de su pasado. Los principales obstáculos advienen cuando la historia reduce los hechos, y deja de comprenderlos con la profundidad y la altura de miras necesarias. El error más común es la utilización política de una historia caricaturizada. Las lecciones comunes no se pueden obtener si el pasado se instrumentaliza, precisamente porque el pasado utilizado así, es instrumento de unos contra los otros. La caricaturización consiste en simplificar al extremo la elaboración de los hechos históricos. Si un colectivo humano se mira a sí mismo de modo maniqueo –los buenos contra los malos, las víctimas contra los victimarios– se elabora un mito que difícilmente podrá superar la antigua polarización, pues no aborda sus entresijos más oscuros.

En esto, claramente, tenemos muchos desafíos pendientes. Así, la derecha ha construido su mito afirmando que un grupo de extremistas afines a la Revolución Cubana forzó en demasía las instituciones queriendo implantar el socialismo sin contar con un apoyo mayoritario, sin preguntarse por sus propias responsabilidades en el desgaste de la democracia. Por su parte, la izquierda construye su mito desde la posición, en muchísimos casos verdadera, de víctimas de las violaciones a los derechos humanos, sin preguntarse demasiado por el papel que ella misma jugó en la legitimación de la violencia como método de acción política. Si ambos lados buscan instalar su propio mito desde las estructuras del poder simbólico,[6] no se vislumbra una reconciliación posible.

El mito no necesariamente cuenta mentiras, pero elude elementos esenciales para comprender las complejidades de la historia. En Chile, esas preguntas fundamentales guardan relación con la polarización y la violencia política: ¿cómo una sociedad se divide hasta el punto de excluirse mutuamente? ¿Cómo llegan a cometerse actos tan atroces, que son condenados por todos en una situación normal? ¿Qué elementos van destruyendo poco a poco nuestras instituciones –instituciones que son el cauce para la solución pacífica de los conflictos–? Si esas preguntas no son abordadas de manera responsable y completa, difícilmente nuestra historia servirá para iluminar nuestro presente de la forma propuesta por Todorov y suscrita en este informe.

En cualquier caso, el dolor de la tortura y de las desapariciones nos ha permitido aprender que no hay circunstancias que justifiquen la violación de ciertos derechos. Como se ha señalado, hay hechos que son una herida en el alma de Chile. Esa herida debe interpelar a toda una generación que, al haber fracasado políticamente, quiso resolver una división cívica usando la fuerza. Pero la reflexión consiguiente, aquella que permite saber cómo una sociedad llega a cometer tales horrores, no se ha realizado con suficiente profundidad. Es una reflexión incómoda, pues supone admitir responsabilidades que afectan a todos los sectores. Es más cómodo para todos asumir que la culpa es sólo de un grupo de perversos –personas de una naturaleza supuestamente distinta a la nuestra–. Pero esto es falso. El mal y la violencia no

6 Para las lógicas del poder simbólico y su relación con la reconciliación, véase Brunner, JJ.: "La reconciliación como objeto de disputa" en *Las voces de la reconciliación*, pp. 159-169. Santiago: Instituto de Estudios de la Sociedad, 2013.

explotan en una sociedad cuyas diferencias se resuelven por vías pacíficas e institucionales. Se necesitan condiciones determinadas para su aparición. La pregunta es cómo se generan esas condiciones. La mejor manera de que el "nunca más" sea un compromiso genuino y no sólo un gesto de indignación moral reside en ser capaces de conocer las causas que hacen posible la irrupción infernal de la violencia. Esto no busca ninguna justificación ni ningún empate –¿quién podría buscarlo de buena fe sabiendo el nivel de los horrores perpetrados?–. Pero sí persigue la tarea indispensable de comprender los mecanismos del mal y, con ello, obtener lecciones compartidas que nos permitan avanzar en reconciliación y en garantías reales de que en Chile nunca nos volvamos a destruir entre nosotros.

Septiembre, 2013

www.ieschile.cl

Nuestra Señora de los Ángeles 175, Las Condes, Santiago. T: 02 23217792|99